

EL DÉJÀ VU ETERNO DEL PÍCARO: VIAJE A ESPAÑA DESDE EL CARIBE

The eternal déjà vu of the scoundrel: A trip to Spain from the Caribbean

Karina Wesolowski

Escuela de Letras
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad Central de Venezuela - UCV
Caracas 1051, Venezuela.
buzondekarina@gmail.com

RESUMEN

Este artículo se propone analizar la figura del pícaro a partir del estudio de los siguientes textos: “Pasaporte al paraíso” (1980) de la escritora de origen guadalupano Myriam Warner-Vieyra, “Dos mendigos en el paraíso” (1999) del escritor haitiano Georges Anglade y “The Baker’s Story” (1978) del escritor, nacido en Trinidad, Vidiadhar Surajprasad Naipaul. La figura del pícaro se representa a través de tres personajes de origen humilde que usan la astucia, el engaño, la treta y el don de la palabra para obtener todo lo que desean en un contexto bastante hostil y adverso. Este recorrido por las representaciones del pícaro en textos de la literatura caribeña nos llevó a establecer conexiones con la figura del pícaro en la literatura española. El artículo se plantea una breve lectura comparada que establece un diálogo entre dos tradiciones literarias que confluyen en la representación del pícaro desde dos contextos culturales muy diferentes.

Palabras clave: representaciones del pícaro, literatura del caribe, literatura española, literatura comparada.

ABSTRACT

This article proposes to analyze the figure of the scoundrel from the study of the following texts: "Passport to Paradise" (1980) by Myriam Warner-Vieyra; "Two Beggars in Paradise" (1999) by Georges Anglade, and "The Baker's Story" (1978) by Vidiadhar Surajprasad Naipaul, three writers of West Indian origin. The figure of the scoundrel is represented by three characters of humble origin who use wit, deceit, trickery, and simulation, and their peculiar way with words to get everything they want in a rather hostile and adverse context. The ironic discourse of these Caribbean scoundrels unmasks a series of problems such as racism, classism, and social inequalities. This journey through the representations of the scoundrel in Caribbean literary texts led us to establish connections with the figure of the scoundrel in Spanish literature. The article proposes a brief comparative reading that establishes a dialogue between two literary traditions that converge in the representation of the scoundrel from two very different cultural contexts.

Keywords: representations of the scoundrel, Caribbean literature, Spanish literature, comparative literature.

L'éternel déjà vu du pícaro: voyage en Espagne depuis la Caraïbe**RÉSUMÉ**

Cet article a pour but d'analyser la figure du pícaro à partir de l'étude des textes suivants : *Passport to Paradise* (1980), de Myriam Warner-Vieyra; *Deux mendiants au paradis* (1999), de Georges Anglade; et *The Baker's Story* (1978), de Vidiadhar Surajprasad Naipaul, trois écrivains d'origine antillaise. La figure du pícaro est représentée par trois personnages d'origine modeste qui font recours à la ruse, la tromperie, la feinte, la simulation et au don de la parole pour obtenir tout ce qu'ils souhaitent dans un contexte négatif très hostile. Le discours ironique de ces pícaros caribéens dévoile une

série de problèmes, dont le racisme, le classisme et les inégalités sociales. Ce parcours par les représentations du picaresque dans quelques textes de la littérature des Caraïbes a soulevé des connections avec la figure du picaresque dans la littérature espagnole. Cet article propose une brève lecture comparée qui établit un dialogue entre deux traditions littéraires aboutant à la représentation du picaresque dès deux contextes culturels très différents.

Mots clés : représentation du picaresque, littérature de la Caraïbe, littérature espagnole, littérature comparée.

O eterno déjà vu do pícaro: uma viagem do Caribe à Espanha

RESUMO

Este artigo pretende analisar a figura do pícaro com base nos seguintes textos: "Passport to Paradise" (1980) de Myriam Warner-Vieyra; "Two Beggars in Paradise" (1999) de Georges Anglade e "The Baker's Story" (1978) de Vidiadhar Surajprasad Naipaul, três escritores de origem das Índias Ocidentais. A figura do pícaro é representada por três personagens de origem humilde que usam a astúcia, o engano, a trapaça, a simulação e o dom especial da palavra para obter o que desejam em um contexto bastante hostil e adverso. O discurso irônico desses **pícaros** caribenhos desmascara uma série de problemas, como racismo, classismo e desigualdades sociais. Essa jornada pelas representações do pícaro nos textos literários do Caribe nos levou a estabelecer conexões com a figura do pícaro na literatura espanhola. O artigo é uma breve leitura comparativa que estabelece um diálogo entre duas tradições literárias que convergem na representação do pícaro em dois contextos culturais muito diferentes.

Palavras-chave: representações do pícaro, literatura caribenha, literatura espanhola, literatura comparada.

EL DÉJÀ VU ETERNO DEL PÍCARO: VIAJE A ESPAÑA DESDE EL CARIBE

En la picardía lo que suda es el ingenio,
y lo que se ejercita, es el disimulo.

RAFAEL SALILLAS

Nuestro interés por un tema tan explorado
y tratado como la narrativa picaresca (...) responde a la resonancia que produce la lectura (...) que hace pensar del presente como un déjà vu o déjà vecu.

AXEL CAPRILES

UN VISTAZO A ALGUNOS PÍCAROS CARIBEÑOS¹

Elöise era “alegre como un atardecer de carnaval”, pero sobre todo era una trabajadora infatigable, con fuerza y coraje para realizar sus faenas, tanto, que le dio duro al trabajo aún durante sus muchos embarazos y todavía llevaba al bebé menor al campo. Por su parte, Eugenio, desahogaba su gran cansancio bebiendo aguardiente. Estaba tan aficionado a éste que nunca recordaba las cenas por la borrachera y hasta deseaba que lo enterraran con una botella. Fue bebiendo, precisamente, que murió por un botellazo en la cabeza cuando intentaba calmar los ánimos en una pelea. Así, inicia el cuento “Pasaporte al paraíso” (2010) de la escritora de origen guadalupano Myriam Warner-Vieyra².

Elöise es creyente y le pide al cura que le rece a los restos de su amado en latín, “la llave para entrar al paraíso”. El clérigo se niega, porque

1 Entenderemos por Caribe a todo el territorio insular y continental que limita con el mar Caribe, y por literatura caribeña la producida por escritores de origen caribeño que trata la problemática y el imaginario de estos territorios.

2 Para fines del análisis usaremos la versión incluida en la colección *Krik... Krak... Cuentos de las Antillas*. (Aura Marina Boadas y Amelia Hernández, editoras) publicada por Monte Ávila Editores en el año 2010.

Eugenio, siendo alcohólico y viviendo en concubinato, murió sin confesarse. Sin embargo, los ricos bekés con ojos verdes por el ajeno y con varias concubinas eran honrados con grandiosas y prolongadas exequias. Buscando que su esposo entrara al paraíso la mujer le da su bien más valioso (sentimental y económicamente) a un forastero aparentemente asiático que vendía amuletos para entrar al paraíso. El mago fue encarcelado por “defraudación”, fraude, palabra que ni los habitantes del pueblo conocían, pero al funcionario que lo interrogó

no se le había ocurrido que para establecer el delito había que demostrar que la mercancía vendida, en este caso los talismanes, era ineficaz (...) Cosa que nadie podía demostrar, pues ningún muerto había regresado para quejarse de que las puertas del cielo se le quedaran cerradas (Warner-Vieyra, 2010, p. 60).

Luego de ser liberado y aplaudido por el pueblo, todos, hasta el brujo y los que decían no creer, compraron los pasaportes al más allá. Al final del cuento el narrador dice: “El camino al cielo accesible para todos, y los pecados cayendo en desuso... Hay que ver en qué insondables honduras se inspira la imaginación del hombre” (Warner-Vieyra, 2010, p. 60).

En este cuento nos encontramos a una protagonista con dos características básicas, es muy trabajadora y muy creyente, y como el pueblo que la rodea, es poco educada. De esto se aprovechará el mago, que vende como la salvación del alma trozos de cuero de chivo con signos extraños dibujados. La frase final da cuenta de la estafa que ingeniosamente no se puede comprobar, tal como lo entenderá el policía. Irónicamente, es el encarcelamiento que pretendía frenar el daño lo que aumentará la popularidad de los amuletos; parece que el forastero lo ha previsto todo. Y finalmente, sale ganando. Es un pícaro; con el ingenio y la simulación ha logrado, trabajando poco o nada, hacerse con mucho dinero de los que sí trabajan como Elöise. Su astucia no sólo reside en eso: se ha aprovechado de la credulidad e ignorancia de la gente y su plan no tiene reveses, ya que el engaño no puede ser comprobado y de ser acusado lo único que le pasaría es que su popularidad se incrementaría. Ha vendido lo que la gente

quería, igual que uno de los personajes del cuento “Dos mendigos en el paraíso” (2010) del escritor haitiano Georges Anglade³.

En este cuento dos mendigos en Montreal deciden hacer una apuesta, “pues eran dos haitianos, apostadores como sólo ellos saben apostar cuando no les queda otra esperanza” (Anglade, 2010, p. 229), para ver quien reúne más limosnas (antes de que el frío otoñal los saque de las calles) en el Día de la música, de gran tolerancia policial: “en el mundo de la pedigüeñería, es la apertura oficial de la caza al águila, ave posada en la moneda de un dólar” (Anglade, 2010, p. 229). Para que sólo influya el arte de pedir, establecen muy profesionalmente reglas estrictas: cada uno cuatro vagones separados, el noveno en el centro de separador, cuatro períodos de una hora con cambio de andén, tres descansos de veinte minutos. El resultado es que al final del día uno reunió cuatrocientos dólares y otro únicamente tres dólares y casi por casualidad (sólo por una madre que compra la tranquilidad de sus gemelos, un guitarrista movido por su buena suerte, una joven que limpiaba su cartera de centavos, una pareja interracial peleada). El ganador finalmente confiesa cómo recogió tanto dinero: “había pasado la tarde repitiendo con apremio a la gente que se marchaba *de-fi-ni-ti-va-men-te* a su país, recalcando el adverbio, y que debía, para ello, completar el monto de un pasaje de ida simple, *sin-posibilidad-de-vuelta*, insistía él” (Anglade, 2010, p. 230).

El ganador de la apuesta es, sin lugar a dudas, un pícaro. Como el personaje del cuento de los amuletos, se sirve de su astucia y notando que los canadienses desean que se vaya, les “vende” esa posibilidad como certeza; los engaña. El otro mendigo parece estar en proceso de convertirse en un pícaro: el triunfo del otro funge como enseñanza del desengaño. Un tercer pícaro caribeño, que pasa por este proceso de aprendizaje, es el protagonista de “The Baker’s Story” (1978) del escritor, nacido en Trinidad, Vidiadhar Surajprasad Naipaul.

En el cuento un narrador en primera persona nos dice que, como él es negro como el as de espada y muy feo a la vista, nadie cree al verlo que está mirando a uno de los hombres más ricos de Puerto España. Relata

3 Para fines del análisis usaremos la versión incluida en la colección *Krik... Krak... Cuentos de las Antillas*. (Aura Marina Boadas y Amelia Hernández, editoras) publicada por Monte Ávila Editores en el año 2010.

entonces su historia. Nació en Granada como uno de diez hermanos, de toda clase de mezclas, sin saber quién había sido el tipo que le había “dado” a su mamá, pero supone que fue alguien que tuvo éxito con muchas mujeres porque siempre que volvía a Granada, siempre le decían que le recordaba a alguien y constantemente lo confundían con algún empleado en una tienda. Sin saber qué pasó con sus hermanos, su madre lo lleva a Trinidad y apenas ganando dinero, se pone a trabajar de criada; pero a él lo abandona con un “tíita”. Como ella no tenía cómo comprar pan manda al niño a pedir crédito en una panadería de chinos, en la que, aunque no le “fían” lo contratan para hacer mandados, asegurándose primero de que deje una garantía (un crucifijo) de que no se va a robar el pedido. El muchacho logra trabajar durante muchos años como empleado de los chinos, donde aprende a hacer buen pan. Pero como a los ricos le daba asco que alguien sudado amasara su pan, envían con el protagonista la masa para que la hornee y les lleve luego el pan caliente y dulce. Si en la panadería ya solía hacerlo, la picardía consistía en que ahora lo hacía a escondidas y se quedaba para él todo el pago. Sin embargo, más adelante perderá el trabajo. Una vez que la patrona china muere por una enfermedad, su esposo enloquece y apuesta la panadería (los chinos nunca apostaban) y la pierde, quedando en las manos de otro chino que no quería quedarse con el empleado. Rezando recuerda que tiene dinero y compra una panadería que no tendrá ningún éxito. Rezaba desesperado y siempre obtenía la misma respuesta “Youngman you just bake bread”.

Más adelante ve a un negro vendiendo cocos, lo que únicamente hacían los indios y riendo porque el negro vestía con dhoti y turbante, descubre que nadie le compra pan porque es negro. Ya le había dicho un amigo “I don't like Black people meddling with my food” mientras buscaban donde almorzar. Cae en cuenta que todas las “razas” tienen su lugar y que él no contrataría a un albañil o carpintero indio, o a un lavandero negro, y que las panaderías son regentadas por *potogees* o suizos, (“o algo parecido”) y también chinos. Contrata a un chino medio negro medio chino para que atienda la panadería (disfrazado con la usual ropa china, pantalón corto caqui y franela blanca). Finalmente logra abrir sucursales en toda la isla y algunos ignoran que su patrón es negro. Así, entra por la puerta trasera a sus tiendas, pero entra por la del frente al banco cada semana.

Este último personaje difiere un poco de los anteriores ya que él sí se esfuerza trabajando muchísimo, según se explica desde el principio. No obstante, también ganará dinero quitándoselo a los demás (a los chinos, ya que el pago por hornear les correspondía a ellos) o engañando (a sus clientes y empleados). Aun así, no parece estar dañando malamente a los otros, como en el caso del vendedor de pasaportes al paraíso, o aprovechándose desvergonzadamente como el mendigo pícaro del segundo relato.

Sin embargo, en todos los casos, personajes de origen humilde carentes de poder o fuerza se valen de la astucia, y con tretas o engaños logran tomar dinero del otro. Toman vías laterales a lo acostumbrado para obtener lo que necesitan, así ello signifique arrebatárselo a los demás, quienes, ignorantes de la trampa o el ingenio, no se percatan de la estafa.

El engaño siempre funciona en dos niveles: lo que se dice, información falsa, y lo que efectivamente está ocurriendo que está siendo ocultado (que en un relato puede estar o no revelándose de forma explícita). La fusión de esa oposición es lo que genera parte del efecto humorístico de la picaresca, que se incrementa entre más inverosímil o ingenioso sea el engaño. Ese efecto se puede acentuar mediante la inserción literaria de la ironía. Velázquez (2001) cita la siguiente reflexión de Jankélévitch: “la ironía no nos hace creer lo que se dice, sino lo que se piensa” (p. 62). El enunciado irónico, tal como el mismo discurso del pícaro, se debe reconstruir a través del desenmascaramiento que implica:

(...) un proceso que se traduce en duplicidad: dos locutores, el que finge creer lo que afirma y el propiamente irónico, que cuestiona lo afirmado por el primero. Así dos interlocutores, uno ingenuo, quien asigna sentido al enunciado literal y otro, quien más ironizado es ironista, puesto que, bajo la óptica de las inferencias y las implicaturas, reconstruye el verdadero sentido del enunciado, el que había permanecido tácito (...) La ironía literaria (...) manifiesta la dislocación, la deliberada distancia del sujeto hablante, pues éste no se hace responsable del sentido literal del enunciado (Velásquez, 2001, p. 62)

Es así como las oraciones finales de “Pasaporte al paraíso” (2010) construyen la ironía. El narrador no cree literalmente que el camino al cielo

sea accesible para todos, pero al afirmarlo juega a creer lo que piensan los personajes, develando su absurdo. Asimismo, se alude no sólo al engaño del forastero que vende amuletos sino también a los del cura, quien vende una solución igualmente milagrosa: los rezos en latín son “la llave para entrar el paraíso”, y realmente no importa si se es borracho o promiscuo porque el dinero le compra a los ricos bekés esas misas salvadoras. Por ello es que Elöise piensa que “su hombre iba a achicharrarse en el infierno no por sus pecados sino porque era un pobre negro” (Warner-Vierey, 2010, p. 59)

Lo mismo pareciera suceder en “The Baker’s Story” (1978) en que queda desenmascarado tanto el racismo de la gente que no quiere que un negro se meta con su comida, como la del mismo negro que no contrataría carpinteros indios o lavaderos negros. Es una ironía pues que se burle del indio que vende cocos porque ahora él mismo puede quedar en la ruina por los mismos prejuicios. De todas formas, para enfrentarse a ese medio que le es hostil debe recurrir a su astucia y a la simulación: usa él la máscara del chino a través de su encargado más astutamente que el negro ataviado con turbante. Lo mismo hicieron el forastero vistiendo la máscara del mago, como el mendigo vistiendo la del inmigrante que quiere retornar a su casa. El uso de la máscara es intrínseco al pícaro. Dice Octavio Paz (1992):

(...) la desconfianza, el disimulo, y la reserva cortés que cierra el paso al extraño, (...) son rasgos de gente dominada, que teme y finge ante el señor. (...) Esclavos siervos y razas sometidas se presentan siempre recubiertos por una máscara, sonriente o adusta (...) Todas sus relaciones están envenenadas por el miedo y el recelo: Miedo ante el señor, recelo ante sus iguales. Cada uno observa al otro, porque cada compañero puede ser también un traidor (p. 64)

Ese recelo entre iguales se evidencia en el cuento de los mendigos, que se imponen reglas para evitar la estafa del otro; en la china que desconfía del niño que va a llevar unos panes y le hace darle el crucifijo en garantía; en el negro que viste con “ropa de chino” a su nuevo empleado: todos recelosos o previendo el recelo de sus iguales. Pero lo más importante es cómo todos ellos son seres subalternos, es decir, están asociados a “los márgenes, a las periferias o lugares distanciados de los centros del poder”

(Rivas, 2000, p. 53), y sin poder o fuerza en un medio que le es adverso, deben sobrevivir mediante la simulación y el engaño.

Estos tres pícaros no tienen nombre; pueden ser cualquier persona, anonimato que parece subrayar el hecho de que cualquiera a nuestro alrededor puede ser un pícaro. El anónimo también es más difícil de conseguir si se le quiere condenar o reclamar por sus engaños. Los tres pícaros de estos cuentos se caracterizan por saber escuchar qué quiere o necesita el otro comprar o escuchar, y sirviéndose de esa información urden con astucia el engaño. Esto recuerda al pícaro Tío Conejo de los cuentos populares venezolanos: con grandes orejas: sabe oír, y además es un animal ágil y rápido. Su virtud consiste en esos rasgos vistos de forma simbólica, y aunque está en aparente desventaja ante el fuerte y agresivo Tío Tigre (animal supuestamente más poderoso por su especie), Tío conejo siempre sale victorioso en todos los relatos. De la misma forma los subalternos hacen estrategia de supervivencia escuchar y observar al otro, y fingir que han hecho o harán lo deseado, sin haberlo hecho y sin pretenderlo.

Esto se aplica especialmente, como indica Octavio Paz (1992), a los conquistados y a los descendientes de la esclavitud o de razas dominadas. Es lo que ocurre en el Caribe, descendiente del régimen esclavista de las plantaciones durante la colonia, y ahora con un equivalente moderno de servilismo en los hoteles y el turismo. El esclavismo continuó una vez que había sido abolido legalmente: las condiciones de trabajo se tornaron peores, más maltrato, pero sin comida garantizada y menos pago; y al cesar la trata negrera se trajeron asiáticos para sustituir a los negros. Todos habrían de acudir al fingimiento para moderar la opresión y las torturas. Una estrategia de simulación del esclavo traído de África fue la de fingir ante el amo y los evangelizadores que había adoptado la religión cristiana cuando aún seguía rindiendo culto a sus mismas deidades africanas. La máscara: usar los nombres de los santos católicos para llamar sus antiguos dioses. Pero si el esclavo deseaba escapar debía hacerse más astuto todavía, y si lo lograba debía serlo aún más como cimarrón.

El Caribe ha sido hostil para el subalterno, pero no sólo por la esclavitud. Haití, de donde proviene Georges Anglade (el autor del cuento de los mendigos), fue conquistado por España, luego cedido a Francia a cambio de Cataluña, y cuando por fin logra su independencia en 1838, Francia

le exige una indemnización por las riquezas perdidas de “150 millones de francos cuando en esa época su presupuesto apenas alcanzaba unos dos millones” (Carmen Esquivel, “Haití antes y después del terremoto” párr 3). La imposibilidad de pagar esa deuda sume al país en la pobreza, y posteriormente debe sufrir la ocupación estadounidense de 1915 a 1934. Esa entrega o sumisión quizás podría haber reforzado la estrategia de la simulación de la que habla Paz (1992), y haberse establecido también como mecanismo de supervivencia bajo la dictadura vitalicia de François Duvalier y de su hijo Jean-Claude (Baby Doc) quienes aumentaron la deuda externa a 750 millones de dólares. Aparentemente, “en el momento de la huida de Baby Doc la fortuna personal de la familia Duvalier era superior a ese monto y alcanzaba los 900 millones de dólares” (Carmen Esquivel, “Haití antes y después del terremoto” párr 3). En este período dictatorial también se continuó con la deforestación iniciada en el período colonial el 98%, “lo cual magnifica el impacto de ciclones, deslaves e inundaciones” (párr 4) en un territorio cuyas estaciones y latitudes lo hacen tan propenso a ellos.

La pobreza del país (entre los más pobres del mundo), sumado a ese hostil clima también ayuda a propiciar la aparición del pícaro. En una fábula de Buquí y Malicia (personajes de los cuentos populares haitianos similares a los venezolanos Tío Tigre y Tío Conejo, respectivamente) el escenario es el de una terrible sequía. Así se describe en la fábula escrita por Jacques Stephen Alexis (1982):

nadie podía atravesar las frondas sin que ellas le dieran los buenos días, sin que pidieran de beber haciendo rechinar sus ramajes secos. La tierra había dejado de ser una bella y apetitosa negra; estaba casi blanca y sus gruesos muslos, sus hermosos flancos, sus magníficas mamas se iban en polvo (p. 22)

Al final, luego de que por la hambruna Malicia haya cocinado viva a la madre de Buquí, con una trepa pícara, en una sopa de la que el hijo también comió, dice el narrador:

Se me dirá, sobrino, que Malicia es un pillo, que hasta un asesino y un criminal... No deja se haber verdad en ello, pero no hay que

apresurarse a emitir un juicio (...) Malicia fue siempre sumamente inteligente, y su vida despreciable y reprochable es el destino de las gentes demasiado inteligentes en un país miserable (Jacques Stephen Alexis, 1982, p. 37)

En el medio hostil, el desposeído busca subsistir de cualquier manera, y una de ellas es sobrevivir por medio de la picardía. Es precisamente lo que ocurrió en la España del Siglo de Oro. Es en esta época que surge el término "pícaro" y que surge "la novela picaresca", aunque la figura del pícaro, como dice Axel Capriles, aparece siempre como *déjà vu*: su arquetipo funciona en el *trickster* en las historias del ciclo Wakdjunkaga de los indios winnebago de Norteamérica, en el Hermes de la mitología griega como lo estudian Walter Otto y Rafael López-Pedraza, y en Eshu-Elegba deidad yoruba. Última quizás influyente en los pícaros caribeños, como explica Capriles, ya que la cultura caribeña es heredera de la africana. Eshu-Elegba es deidad de los caminos y encrucijadas como lo fuera Hermes en su papel de mensajero de los dioses. Ambos están en constante movimiento y son embaucadores. Ambos con sus tretas "abren" los caminos, las posibilidades, tal como nuestros pícaros caribeños. Dice Capriles: "El pícaro o bellaco, sea animal, deidad, héroe cultural, diablo, ser humano o ser indefinido, es sólo una cara del arquetipo. Es Legba en África, Coyote o Raven en América, Maui en Oceanía" y hasta Lok en la mitología teutónica (Capriles, 2008, p. 114). Según este autor el espíritu pícaro crea desorden en oposición al orden, movimiento donde hay rigidez. Esto lo aplica el ensayista al caso España, tomando en cuenta la restrictiva Contrareforma y su rostro de la Inquisición. Pero el surgimiento del pícaro en España es mucho más complejo. Si en el Caribe podría provenir de la pobreza, el clima y dictaduras (caso de Haití), o de la conquista y el pasado esclavista de la plantación (todas las Antillas y costas continentales caribeñas) o incluso como herencia yoruba; en España la principal causa del nacimiento del pícaro fue la gran miseria generada en el llamado, paradójicamente, "Siglo de Oro" (aprox. entre 1498 y 1656). Como Haití durante esa época, algunas regiones de España estuvieron sumidas en una profunda pobreza. Esto se acentuó durante los reinados desde Felipe II hasta la decadencia del gobierno de Felipe IV.

UN VISTAZO AL PÍCARO ESPAÑOL⁴ Y ALGUNAS COMPARACIONES

Es difícil imaginar cómo el Imperio español, “donde nunca se ponía el sol”, se convirtió en una cuna de la miseria que engendró la literatura picaresca. En primer lugar se debe a que buena parte de las riquezas de las Indias fueron despilfarradas por la Corona. Gran parte de las rentas iban destinadas a los lujos de la corte, como comprobó Felipe II al construir el Escorial. Según explica Bartomé Bennassar (2001) hubo además durante la época un parasitismo generalizado de las clases privilegiadas por nacimiento o por fortunas, quienes vivían de rentas de la Corona. Estas clases dilapidaban sus riquezas y las rentas en lujos y criados, en vez de invertir los capitales. Por ejemplo, el duque de Lerma, nombrado por Felipe III, fue recordado por su corrupción, arbitrariedad y nepotismo. Los muchos gastos en empresas militares también fueron quebrando paulatinamente al país⁵. La moneda perdió valor, hubo oleadas de inflación, los reales y

4 Según lo define Camilo José Cela (1974), el pícaro es persona descarada, traviesa y bufona y de mal vivir, de conducta parasitaria, deshonrada y holgazana, que por su instinto de conservación finge y engaña para comer. El término pícaro tiene origen incierto, como explica Valbuena Prat: se asocia con la sensación del picar, que causa enojo y desazón; se asocia con las frutas, comidas y carnes podridas que se pican o contaminan; se relaciona con la gente que venía de Picardía (Flandes) a España; evoca la pica, que se clavaba en el suelo al comprar un esclavo. Se llama pícaro, dice este autor, a los vagabundos, ociosos, personas sin ocupación fija, dispuestos a la aventura y al hurto; al grupo de criados o lacayos, a los mozos o mendigos de las cocinas, a los tullidos falsos (mendigos) y a los esportilleros.

5 La ilusión de grandeza era sólo eso, una ilusión. Entre las guerras de la Reconquista y en la búsqueda de expandir nuevas colonias murieron aproximadamente un millón y medio de personas, y las inversiones monetarias en las empresas militares horadaron la economía. Según Bennassar (2001), la crisis llegó a tal grado que, al final del Siglo de Oro, la Corona no tenía medios militares ni económicos para traer las riquezas de las Indias que necesitaba para recuperarse de todas las derrotas militares: pierden Portugal, los Países Bajos, Sicilia, Nápoles; no sin antes invertir mucho dinero en tratar de evitarlo. De los rebeldes sólo logran conservar a Cataluña, que intercambiaron precisamente por Haití en 1659. Por esa época perderán también el norte de Brasil en manos de los holandeses y Jamaica en manos de los ingleses. La derrota de la Armada Invencible (otro gran despilfarro de dinero buscando conquistar Inglaterra) fue once años después del *Guzmán*. Otro gran gasto se fue en uno de los últimos esfuerzos por mantener en su poder a los Países Bajos. En esa campaña consiguieron

doblones de oro ahora eran de cobre. Muchas industrias quebraron y cada vez había menos productores, especialmente porque las muchas agresiones fiscales contra comerciantes y empresarios los desanimaban. La banca y el comercio, por su parte, pasaron a pertenecer a genoveses principalmente y la mano de obra de la poca producción que había también era principalmente extranjera, y repatriaba lo que ganaba.

El derroche desmesurado de la Corona también se traduce en problemas de orden social. Entre la publicación del *Lazarillo de Tormes* (1554) y el *Guzmán de Alfarache* (1599) hubo cosechas deficientes y plagas de hambre, tres profundas bancarrotas, tres epidemias devastadoras. Cerca de los años del *Lazarillo*, se realizó en Toledo un censo de pobres “vergonzantes” y mendigos que ascendió a las cifras de 10.819 y 317 respectivamente, entre hombres, mujeres y niños. Como se ve, para esos momentos ya había problemas de mendicidad que promovieron ordenanzas, como la de Carlos V en 1534, que indicaba que los niños mendicantes corrompían las buenas costumbres y aumentaban el delito, por lo que debían ser puestos en oficios con amos que los castigaran “si pedían”. Sesenta años después, con la publicación del *Guzmán* ya la proliferación de mendigos era un serio problema de estado. En Cáceres ya eran la mitad de la población, en Sevilla ascendían a 2000. Allí, en Sevilla, el promedio anual de niños abandonados (futuros pícaros) pasó a ser de 110 a más del doble en treinta años, aun cuando por las pestes solo quedaba la mitad de la población. Llegó a haber tantos mendigos que tuvieron que censarlos en numerosas ocasiones.

La tentación de los pícaros, mendigos e indigentes era precisamente Sevilla, ya que por allí llegaban las riquezas de las Indias. Según cuenta Valbuena Prat (1946), en una ocasión pasaron 332 carretas por el medio de la ciudad cargadas de oro, plata y perlas. Con semejante cantidad de dinero no es de extrañar que las calles estuviesen plagadas de maleantes. El crimen estaba organizado: asesinos a sueldo (también hacían advertencias como mutilaciones y palizas), tramposos en el juego solos y en pareja, falsos maridos furiosos que atrapaban infidelidades y cobraban dinero

la rendición de Breda que pintaría Velásquez; que se logró en 1527, un año después de la publicación de las grotescas hazañas pícaras del *Buscón Don Pablos* de Quevedo y de que se pintara *Los borrachos o el triunfo de Baco* de Velásquez.

por “restaurar el honor” y ladrones de todo tipo, desde asaltantes hasta rateros. Entre esos últimos estaban nuestros jóvenes pícaros.

Los pícaros eran muchas veces los mozos de los mandados o esportilleros, que estaban al borde de las vías, en el mercado y el puerto esperando que alguien alquilara sus servicios. No tenían, pues, amo fijo. Allí aprovechaban la confusión del matadero y del puerto, el ir y venir de personas y de extranjeros adinerados y distraídos, para hurtar. Por su oficio podían también entrar libremente a las casas con sus mandados y robar ellos mismos o pasarles información útil a otros ladrones.

Los pícaros vivían errantes, eran vagabundos sin casa u ocupación. Eran principalmente niños abandonados o hijos de ricos que huían buscando la aventura. El resultado era el mismo: sin estabilidad ni casa, conseguir qué comer era un problema. O mendigaban haciendo de tullidos falsos, o hurtaban o estafaban. El pícaro es un ser lacerado por el hambre que sin poder y sin fuerza debe hacer lo que sea para sobrevivir, como en la fábula de Buquí y Malicia. El pícaro según explica Camilo José Cela (1974), no entiende las razones heroicas, ni el concepto de honor de su época que ve fantasmagórico. Vive al margen de la sociedad que lo rechaza. Por demás, al vivir en la miseria, la vida desengaña al pícaro, quien antes de serlo sufrirá en carne propia las estafas de otros y comprobará que todos mienten, que nadie es noble. Y así, como no tiene nadie en quien confiar, se aferra a lo único que conoce y en lo único en lo que puede confiar: su astucia, su instinto. Este proceso de aprendizaje es el que sufrirá Lázaro, con la historia que da inicio a la novela picaresca.

Como el género que inaugura, el *Lazarillo* está escrito en primera persona, y narra desde su nacimiento las aventuras pícaras que atraviesa en su vida. Curiosamente, como la novela picaresca, el cuento “The Baker’s Story”, está narrado en primera persona; y si ese negro caribeño tenía un origen deshonroso (madre sin marido, con diez hijos que abandona, o promiscua o prostituta; padre desconocido, probablemente un Don Juan o un frecuentador de prostíbulos), el origen del lazarillo es igualmente bajo: su padre era un ladrón perseguido por la justicia y su mamá viéndose viuda se convierte en una prostituta de baja categoría. Como en el cuento antillano, ello no se describe de manera explícita, sino que apenas se insinúa por algunos datos.

La madre de Lázaro luego empieza a vivir con un negro (también deshonroso en la España de la época) y su hijo, que robaba para mantener al hermanito. Condenados a los azotes madre y padrastro, la mamá, para quitarse las malas lenguas, va a trabajar de criada, como la mamá del panadero antillano. Sirve en un mesón (hostal) donde también ayudará Lázaro. Allí un ciego pedirá los servicios del niño, y así se irá a hacer de mozo con su nuevo amo. Encontramos, entonces, otros paralelismos con el relato del panadero: ambos son huérfanos encomendados a otras personas: la tía y el ciego. Visto desde aquí podríamos dudar de que la "tía" del negro panadero sea realmente una tía; precisamente "tío" le decía Lázaro al ciego. Ninguno de los dos, ni el antillano ni el español, tendrán tampoco educación (cosa que señala el panadero de forma explícita). Por demás, según dice el protagonista del cuento de Naipaul, ser un negro de Granada es una de esas cosas que los trinitarios no perdonan, tal como Lázaro de Tormes, cuyo nombre y destino también quedarán sellados por nacer a las orillas del río Tormes.

Cuando el lazarillo se va con el ciego aún es ingenuo. Saliendo de Salamanca y llegando a un puente, le pide que pegue el oído a la estatua de un toro de piedra que ahí se hallaba, porque, supuestamente, iba a escuchar un gran ruido dentro de él. El niño lo cree, lo hace y el ciego entonces lo golpea contra la piedra. Dice el ciego: "Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que diablo" (*Lazarillo de Tormes*, 1999, p. 23) y entonces el niño comprende:

Parescióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño dormido estaba. Dije entre mí: 'Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer' (...) Y fue así, que, después de Dios, éste me dio la vida y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera del vivir (*Lazarillo de Tormes*, 1999, p. 30)

El episodio es particularmente simbólico. Con la "calabazada", Lázaro adquiere conciencia de su soledad: debe estar atento y no debe confiar ni creer en nadie. El ciego lo "alumbrá", le da luz en los azares del engaño. Como ciego "ve" en la oscuridad, ve más allá de lo evidente, lo que está oculto al resto. Es decir, ve el detrás de las máscaras de los demás. Cuando

Lázaro aviva el ojo es lo mismo que un Tío Conejo parando las orejas, o que el forastero llevando amuletos a un pueblo poco educado, crédulo y supersticioso. Este episodio del desengaño es algo que atraviesa todo pícaro en algún momento de su vida. Y, aunque no es igual de traumático, la competencia entre los mendigos haitianos funciona como ese golpe: es la “calabazada” del que sólo recibió tres dólares. Otro pícaro lo está iluminando sobre el ser de las cosas, como el ciego con Lázaro. Ambos episodios son claves en el desengaño de los futuros pícaros: deben ser astutos si quieren sobrevivir.

Esta enseñanza se irá reforzando para Lázaro en su tránsito con el viejo. Dice el narrador que el ciego lo mataba de hambre: “si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar muchas veces me finara de hambre” (*Lazarillo de Tormes*, 1999, p. 27). El amo traía el pan y el resto de la comida en un fardel de lienzo (saco de mendigo) con una argolla de hierro con llave y candado. Según se narra, el muchacho tomaba “aquella laceria” que el ciego le daba, menos de dos bocados. Para poder comer, entonces, descose y cose la bolsa una y otra vez, por supuesto, a escondidas del viejo. Lo mismo hará con el vino inventando astutas maneras para poder beber del jarrón que el amo siempre tenía asido: bebe con una pajilla larga y con un orificio tapado con cera en la parte inferior. Pero el viejo se dará cuenta y sin decir nada, espera a que el niño se ponga a chupar del orificio y le rompe la cara y los dientes con el jarrón. Lo golpea también hasta casi matarlo después de que le robe una longaniza y más de la mitad de un racimo de uvas. Desde entonces, el ciego le pegará y se burlará de él. Pero su ingenio de pícaro quedará probado cuando supere al maestro. Un día de lluvia finge llevarlo por el camino más seco y lo hace saltar sobre un supuesto charco; el ciego: “tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego medio muerto y henchida la cabeza” (*Lazarillo de Tormes*, 1999, p. 45). Lázaro le dirá entre otras cosas “olé”⁶, aludiendo al toro con que el viejo le había hecho lo mismo.

6 La imagen del toreo podría servir como metáfora del hacer de estos pícaros españoles, ya que los toreros deben engañar al toro moviendo una tela que después quitan, para después debilitarlo clavándole las banderillas.

Este episodio del *Lazarillo de Tormes* representa ese proceso en que el ingenuo se convierte en pícaro. Para superar el sufrimiento (del hambre y las golpizas), el niño debió aprender a ser más astuto que su maestro. Podría hacerse una analogía con el panadero de “The Baker’s Shop”, que debe sufrir con su panadería casi quebrada hasta que se convierta en un pícaro por completo, y urda el engaño del empleado. Como Lázaro él ya era algo pícaro al hornear a escondidas (como el español con el fardel y el jarro), pero no parará su sufrimiento hasta que no urda un engaño de mayor magnitud (como el niño con el poste). La diferencia entre ambos personajes es que el lazarillo no dejará de sufrir ni de pasar hambre. Como un niño abandonado en los tiempos de Carlos V, pasará de amo en amo. Primero, un clérigo que encerraba “toda la laceria del mundo” (*Lazarillo de Tormes*, 1999, p. 47), que le daba una cebolla para comer cada cuatro días. Cuando aquel comía sopa de carne el niño recibía un poco de caldo, y si comía cabeza de carnero, le dejaba los huesos roídos. Este episodio está lleno de ironía, y es un crítica constante a la hipocresía de los religiosos. Como excusa por no darle comida, dice que los sacerdotes deben ser muy templados en su comer y beber, pero a ello responde el narrador: “Más el lacerado mentía falsamente, porque en las cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador” (*Lazarillo de Tormes*, 1999, p. 53). Podemos conectar este episodio con el cuento de “Pasaporte al paraíso” de Warner-Vieyra (2010), donde el cura hace sus largas ceremonias para los ricos bekés borrachos y lujuriosos quizás por la misma razón, sin contar el dinero que podría recibir. Eugenio no es beneficiario de los rezos y misas simplemente porque no tiene dinero. Los rezos como llave de la felicidad también son vendidos por el ciego quien cobraba por rezarle a las malcasadas, a las que no parían, a las embarazadas. Se sabía cientos de oraciones y “tenía otras mil formas y maneras de sacar dinero” (Warner-Vieyra, 2010, p. 26). Por supuesto, el ciego nunca terminaba los rezos una vez que le pagaban.

A Lázaro le irá mal con su amo clérigo, más avaro que el anterior. Para poder comer tuvo que convertirse metafóricamente en ratón y en culebra: agujeraba los panes que el religioso encerraba bajo candado en un arca, no sin antes hacerse a escondidas de una copia de la llave. Descubriéndolo el clérigo, aunque ya muy tarde, le dio tantos garrotazos que lo dejó inconsciente por tres días. Dice entonces aquél, regodeándose

en su venganza: “A fe que los ratones que me destruían ya los he cazado” (*Lazarillo de Tormes*, 1999, p. 41).

El muchacho se hará entonces sirviente de un escudero, hidalgo venido a menos, completamente quebrado, tanto, que no tenía ni una silla en la casa. Siempre hablaba para que se pasaran las horas de la comida o fingía que ya había comido hurgando entre sus dientes con un palillo. El amo también moría de hambre. En una ocasión, durante un velorio, alguien le dice al muchacho que van a llevar al muerto “a la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben” (*Lazarillo de Tormes*, 1999, p. 96). El muchacho asustado fue corriendo a la casa del escudero a advertirle, porque creía que lo iban a llevar allá.

Lázaro le toma cariño a ese amo, e incluso le tiene lástima por su figura de “galgo” desnutrido y por cómo está aferrado a un título que, presume el lector, ya está perdido⁷. El amo no alimenta al mozo, debe ser el mozo quien lo alimente recogiendo tallos de vegetales de la basura del mercado y pidiendo limosnas, perfeccionando el arte de la mendicidad que había aprendido con el ciego. El mendigo por lo general se convierte en pícaro, como retrata el cuento “Dos mendigos en el paraíso” de Georges Anglade (2010). Basta pensar en los mendigos venezolanos que fingen enfermedades y llevan pruebas falsas de ello. Pero en el caso de Lázaro, como parte de las políticas de Estado, prohíben la mendicidad y ahora deben pasar más tres días sin comer. Finalmente, llegan unos viejos a cobrarle al amo la deuda por el alquiler de la casa y de la cama. El amo sale con la excusa de buscar dinero y huye. Será el único señor que abandone al mozo. Éste toma por amo a un fraile, del que no se cuenta sino que caminaba mucho y luego a un buldero o vendedor de bulas.

7 Los hidalgos no pagaban impuestos, pero si se quedaban sin bienes debían pagar tributos y perder sus derechos. Claro que podían probar su nobleza, pero hacerlo exigía dinero. Además, como este personaje que tenía un solar en el campo de Castilla la Vieja, los hidalgos rurales debían enfrentar la hostilidad de los villanos (pobladores de las villas). Si estos no respetaban al hidalgo, aquél perdía sus beneficios. Por eso el escudero se va de sus propiedades (un palomar, negocio rentable y honroso, pero derruido), porque un caballero se dirige a él sin respeto, humillándolo, con formas de trato propias de la villanía (no quitarse el bonete, decirle “Manténgaos Dios” en vez de “Beso las manos de Vuestra Merced”)

Las bulas eran documentos papales de muy variada clase. Algunas bulas permitían comer carne en cuaresma, o hacerse con bienes de dudosa procedencia, pero las más populares y las que vende el amo de Lázaro son las bulas de indulgencia. Las había para los vivos, que dictaban que si alguien colaboraba con las cruzadas, luchando o dando limosna, se le perdonaban pecados; y también para muertos, a los que se les perdonaban los pecados y se les enviaba al cielo. Por supuesto estas bulas son iguales a los amuletos que se venden en el cuento de Warner-Vieyra (2010), un cuero o un pedazo de papel son pasaportes al paraíso. Para dar cuenta del valor insignificante de las bulas, el lazarillo las compara con una lechuga o un par de frutas. Pero con este buldero, Lázaro será testigo de un engaño muy similar al representado en el cuento antillano.

Según el pícaro, su amo urdía todo tipo de “mañosos artificios” para vender sus bulas. Sin embargo, durante la Sagra de Toledo, nadie había tomado la bula. Entonces, una noche el buldero pelea con el alguacil de manera tan violenta que vienen vecinos y huéspedes de la posada. El alguacil gritaba que las bulas eran falsas y lo mismo hará el día siguiente en una ceremonia para “despedir la bula”, diciendo que el otro le había pagado para que dijera que eran ciertas pero que él no quería participar de la estafa. Cuando la gente se lo quiere llevar, el cura intercede por él y reza. Se concentra para que sean perdonadas las injurias del alguacil. Él desea que se demuestre la verdad: si sus afirmaciones son falsas que se hunda el púlpito con él. Si el que denunciaba lo hacía persuadido por el demonio, merecía ser castigado para que todos conocieran su malicia. Así, nada habría impedido que si alguien deseaba tomar la santa bula, no lo hiciera por la afrenta. Al mismo tiempo el alguacil convulsiona y echa espuma por la boca, tanto así que lo tienen que agarrar entre quince. El buldero sigue concentrado rezando en silencio como si nada hasta que la gente interviene: “han visto la culpa del culpado”. Hace a todos rezar por él, le echa agua bendita y le pone una cruz, pero no es hasta que le coloca una bula en la frente que no mejora del todo. Luego se arrodilla a los pies del buldero y pide perdón. El resultado: una congregación entera llorando y dispuesta a comprar la bula.

Este episodio recuerda especialmente al cuento antillano por la intervención del poder local. No es hasta que meten preso al forastero por fraude y que no se puede probar su culpabilidad, que el pueblo entero

compra los amuletos, incluyendo a los mismos brujos. En el *Lazarillo de Tormes* (1999) no es hasta que el alguacil lo acusa de fraude y que aparentemente se prueba que no, que el pueblo entero compra las bulas. Se podría dudar, si consideramos el texto español mientras leemos el antillano, si los gendarmes que apresaron al “Merlín” (otra sátira) recibirían algún porcentaje de lo cobrado en los amuletos.

Como ha quedado en evidencia en estas historias del lazarillo, la picaresca tiene una función de denuncia. Las máscaras de honorabilidad de los personajes se caen una a una, develando un mundo decadente y sórdido donde los aparentemente poderosos están corrompidos y más que pícaros son crueles o malvados. Así, las picardías de Lázaro como forma de sobrevivir a la laceria y al hambre se ven minimizadas por los de sus amos. Pareciera que los relatos antillanos también hacen algunas denuncias, especialmente “Pasaporte al paraíso” (2010). En el caso de “The Baker’s Shop” (1978), la denuncia podría radicar en el racismo y en los prejuicios, extendidos hasta en los subalternos. El panadero, al notar que no llevaría su ropa con un lavadero negro, es parte de aquello que el movimiento de la negritud denunciaba: “piel negra, máscaras blancas”. Se está viendo a sí mismo y a los demás con la mirada del *Otro*, con la mirada del conquistador.

Pero queda claro comparando los cuentos caribeños con la novela española, que la última se desarrolla en un ambiente más pobre, donde no hay ningún tipo valores ni ninguna virtud rescatable, como sí la hay en Elöise como trabajadora incansable; en Eugenio que se arriesga por impedir una pelea; en el panadero trabajando tanto como los chinos y haciendo todos los esfuerzos por hornear un buen pan y hacer fructífero un negocio honrado. Mientras que el mundo caribeño de estos tres cuentos tiene pícaros que se aproximan más al “vivo” al “avisgado” (como se dice en Venezuela según Capriles), a un pícaro jovial y con gracia, el mundo picaresco español tiene pícaros más bajos y sórdidos, y hace especial énfasis en la laceria, el hambre, el robo. Los pícaros españoles son truhanes, maleantes; los caribeños no. La diferencia podría hacerse más evidente en el texto “Rinconete y Cortadillo” de Cervantes (1960).

Narrado en tercera persona, el relato comienza cuando dos muchachos pícaros⁸ se conocen en Alcadía, en el camino de Castilla a Andalucía (el pícaro español siempre es errante). Allí juntos jugarán veintiuno y estafarán a un arriero. La referencia a las cartas como algo propio del engaño pícaro recuerda a “The Baker’s Shop” (1978) con el panadero que es tan negro como el as de espada, filo que también se podría referir a la agudeza del pícaro o quizás a su situación a la defensiva. La mención del as de espadas es breve, pero abre el imaginario del ingenio, la suerte y la estafa en el cuento.

Ahora bien, es propio del género de las novelas picarescas que el protagonista esté solo y cuente su vida en primera persona. Este texto de Cervantes tiene pícaros pero no es novela picaresca: no está narrado en primera persona, no refiere a una vida completa sino sólo a un episodio, y tiene una pareja de pícaros. Este extraño rasgo para el género recuerda al cuento de Anglade (2010) de los dos mendigos, en el que si bien uno enseña al otro, están actuando ambos bajo igualdad de condiciones (como las reglas que se imponen). Rinconete y Cortadillo irán a Sevilla y empezarán a trabajar como esportilleros, es decir como mozos de los mandados. Curiosamente esto es parte importante del oficio que tenía el panadero del relato de Naipaul, como retomando otra parte del género español.

Sin embargo, cuando alguien nota que Rinconete ha robado, les dicen que tienen que ir a registrarse con el Sr. Monipodio, que no hurten sin su

8 El carácter anónimo del pícaro está presente en los dos textos españoles que referimos, aun cuando se aluda a nombres propios. Al principio del *Lazarillo de Tormes* (1999) el narrador dice que lo llaman Lázaro de Tormes, no que ese sea su nombre. Probablemente ello se deba a su primer oficio como mozo y guía de ciego. Lo mismo pasa con Rinconete y Cortadillo. Dice Rinconete que su nombre es Pedro del Rincón, su nombre alude al encierro que tuvo en una aldabilla por robar el dinero de las bulas que vendía su padre, e irse a Madrid a darse la buena vida con lo hurtado. Cortadillo dice llamarse Diego Cortado, y su nombre se deriva de lo bueno que es robando con cortes de tijera, habilidad que sacó de su padre sastre. Como se ve, ambos tienen sobrenombres inventados, y sus nombres Pedro y Diego también pueden serlo como sus historias. Si Lázaro está escribiendo su biografía no tiene mayor necesidad de mentir, pero Rinconete y Cortadillo se cuentan estas anécdotas el uno al otro. Bien saben que no debería confiar en nadie, así que podría ser que estuviesen mintiendo.

permiso o les costará caro. Monipodio era el rey local de la criminalidad, y albergaba bajo su cargo a rateros, ladrones, prostitutas, y sicarios. La cofradía de maleantes está plenamente regulada. Monipodio tiene unas “Memorias de las cuchilladas que se han de dar esta semana”, ordenadas por tipos de agravios”. Rinconete y Cortadillo deberán inscribirse en la cofradía firmando, como si se tratase de un contrato notariado. Algo parecido es lo que representa el cuento de los mendigos haitianos, quienes se imponen turnos, número de horas específicas, descansos cronometrados, lugar de trabajo delimitado. Pero es claro que el nivel de criminalidad entre ellos y los españoles es diferente.

Si bien Cervantes tiene un tono más realista, en el *Lazarillo* y en otros pícaros del siglo de Oro las descripciones suelen ser bastante grotescas, cosa que no encontramos en los tres cuentos antillanos. Probablemente la fábula de Buquí y Malicia tenga algunas imágenes de este tipo, pero quizás porque a diferencia de los otros relatos retrata un mundo lacerado por el hambre. Una descripción grotesca es la que se da de la madre de Tío Buquí: “un vejestorio completamente gagá, cuero escamado y enrojecido relleno de huesos deformes, de tripas encallecidas y de restos desecados de anchuras correosas” (Jacques Stephen Alexis, 1982, p. 24). Sin embargo, este y otros pequeños fragmentos no resultan tan grotescos ante las imágenes hiperbólicas de otro clásico pícaro español, *El Buscón* de Quevedo (1974), donde además queda claro el mundo sórdido del pícaro al que nos referíamos:

Él era un clérigo cervatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo (...), los ojos avecindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se la había comido de unas búas de resfriado [*nariz aplastada (roma) y desfigurada como si hubiese sufrido buba sífilítica, o mal francés (Francia)*] (...) las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos (...); el gáznate largo como de avestruz con una nuez tan salida, que parecía que se iba a buscar de comer forzada por la necesidad; los brazos secos, las manos como un manojo de

sarmientos cada una (...) Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa (...) La cama la tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado para no gastar las sábanas. Al fin, él era archipobre y protomiseria (pp. 558-599)

Aparte de la percepción del pícaro desde un astuto con gracia, un vivo, en el Caribe, a un astuto miserable lacerado, truhán o maleante en España, el desenlace de las historias también muestra una gran diferencia. Después de pasar por otros amos, Lázaro termina en una mejor posición, de pregonero, pero compartiendo a su mujer con el arcipreste. Cincuenta años después el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán (2006) mostrará un destino desafortunado, se le condena a las galeras, incluyendo por supuesto los acostumbrados azotes. A final del *Guzmán* se le promete la libertad después de actuar "honrosamente" y denunciar una conspiración en las galeras. A partir de este texto la novela picaresca tendrá un tono ejemplar (con excepción de *El Buscón*) porque se retrata todo lo que no debe hacerse o desearse porque será severamente castigado. Rinconete y Cortadillo, por ejemplo, decidirán alejarse del mundo del hampa. Así un género que sirvió como denuncia de la corrupción de la iglesia y de la pobreza extrema, terminó sirviéndole al poder.

Llama la atención el hecho de que, así como Malicia o Tío Conejo, en los tres cuentos del Caribe los pícaros salen triunfantes. Como si la única forma de hacerlo fuese por medio de tretas pícaras, engaños o vías laterales. Quizás como herencia del pasado esclavista, pero tal vez más como evidencia de que ante la opresión de los males que todavía nos aquejan (sociales, económicos, políticos y de abuso de poder) el más apto para sobrevivir es el más pícaro, el más "vivo" y que ello no es visto con malos ojos. Finalmente, tanto en el caso español como en el caribeño pareciera que la inserción del pícaro es una manera de darle la voz al subalterno y en la mayoría de los casos una forma de denuncia que desenmascara la visión del que está en el poder. El peligro está en que, si no cambian las condiciones sociales y económicas, la miseria de nuestras tierras caribeñas puede engendrar (como parece estar ocurriendo ya) pícaros más alejados de la vivacidad y la gracia del ingenio, y más cercanos a la criminalidad y sordidez del mundo pícaro español del Siglo de Oro.

REFERENCIAS

- Alemán, Mateo (2006). *Guzmán de Alfarache*. Madrid: Cátedra.
- Alexis, Jacques Stephen (1982). "Fábula de Buquí y Malicia". En *Romancero de las estrellas*. Traducción: Idea Vilariño, prólogo: Jorge Ruffinelli.- 2a ed. Montevideo: Arca.
- Anglade, Georges (2010). "Dos mendigos en el Paraíso". En *Krik... Krak... Cuentos de las Antillas*. (Aura Marina Boadas y Amelia Hernández, editoras). Caracas: Monte Ávila Editores.
- Bennassar, Bartolomé (2001). *La España del Siglo de Oro*. Barcelona: Crítica.
- Capriles, Axel (2008). *La picardía del venezolano o el triunfo de Tío Conejo*. Caracas: Taurus.
- Cela, Camilo José (1974). "Prólogo". *Novela picaresca española*. Ed. Dámaso Alonso. Barcelona: Noguer.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1960). "Rinconete y Cortadillo". En *Obras completas* (Valbuena Prat, editor). Madrid: Aguilar.
- Esquivel, Carmen. "Haití antes y después del terremoto". Biblioteca popular para el desarrollo social. En línea. Word Wdide Web. http://www.labiblioteca.org.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=130:haiti-antes-y-despues-del-terremoto-&catid=30:opiniones&Itemid=37. Recuperado el 6 de junio de 2010.
- Lazarillo de Tormes* (1999). Ed. Francisco Rico. 14 ed. Madrid: Cátedra.
- Naipaul. V. S (s. f). "The Baker's Shop". En línea. Word Wdide Web. <http://es.groups.yahoo.com/group/grupodecomparada/files/V.S.%20Naipaul%20%28Trinidad%29/> Recuperado el 6 de junio de 2010.

Paz, Octavio (1992). "Los hijos de la malinche". En *El laberinto de la soledad*. 2ª ed. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

De Quevedo, Francisco (1974). "Historia del Buscón llamado Don Pablos, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños". En *Novela picaresca española*. Ed. Dámaso Alonso. Barcelona: Noguer.

Rivas, Luz Marina (2000). *La novela intrahistórica: tres miradas femeninas de la historia venezolana*. Valencia: Universidad de Carabobo-Dirección de Cultura.

Valbuena Prat, Ángel (1946). "Introducción" La novela picaresca española. Ed. Valbuena Prat. Madrid.

Valbuena Prat, Ángel (1942). *La vida española en la edad de oro, según sus fuentes literarias*. Barcelona: Martín.

Velásquez, Romelia (2001). "Ironía y parodia en la literatura caribeña". En *El caribe continental e insular: ¿vasos comunicantes o fronteras?*. Presentación: María del Rosario Alonso de León. Caracas: Ediciones de la comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de humanidades y Educación de la U.C.V, Asociación Venezolana de Estudios del Caribe (AVECA).

Warner-Vieryra, Miriam (2010). "Pasaporte al Paraíso". En *Krik... Krak... Cuentos de las Antillas*. (Aura Marina Boadas y Amelia Hernández, editoras). Caracas: Monte Ávila Editores.

KARINA WESOLOWSKI

Es Licenciada en Letras de la Universidad Central de Venezuela, ilustradora y tesista de la Maestría en Literatura Comparada. Fue profesora de la Escuela de Letras. Ilustró la colección de poemas intitulada "Patria y otros poemas" del poeta venezolano Armando Rojas Guardia. Ha publicado artículos y reseñas para el Instituto de Investigaciones Literarias de la Facultad de Humanidades y Educación. Sus intereses de investigación giran entre torno a la literatura comparada, en particular, las relaciones entre la literatura y otras disciplinas artísticas.